EL SIGLO DIEZ Y NUEVE.

Sétima época.—Año XXXI. MEXICO. Miércoles 24 de Julio de 1872. Tomo 54.—Número 10,060.

EDITORIAL.

Los funerales del Sr. Juarez.

La muerte del C. *Benito Juarez, presidente constitucional de la república*, ha sido un suceso de primera magnitud, y cuyo eco se está repercutiendo en estos momentos hasta en los mas remotos confines del país. Tambien en el extranjero el anuncio de esa muerte producirá una gran sensacion, porque hasta ahora ninguno de nuestros hombres de Estado que han figurado en primera línea, ha sido logrado como Juarez unir su nombre tan indisolublemente á los fastos de nuestra historia.

Prescindiendo de toda consideracion política, porque no seremos nosotros los que combatamos á un cadáver despues de la inflexible oposicion que le hicimos al funcionario sentado en el pináculo del poder, el fallecimiento del Sr. Juarez ha sido un grande y *solemne acontecimiento*. La segur niveladora de la muerte abatió una existencia que personificara en un tiempo la gloriosa revolucion reformista, y en dias, no muy lejanos, la sagrada causa de la independencia. Tan caros han sido esos recuerdos, tan grande es el sentimiento de la dignidad nacional que se abriga en el corazon de todos los mexicanos que hemos visto enmudecer las pasiones en presencia de ese cadáver. Todos los partidos han comprendido que honrar la memoria del distinguido ciudadano que acaba de morir, era un homenaje justo y merecido, y todos ellos han contribuido á tributarlo, con una pompa verdaderamente digna de la república.

Ayer, segun lo dispuesto por la nueva administracion, han tenido lugar los funerales del Sr. Juarez. Inmensa multitud circulaba desde muy temprano en toda la carrera que debia seguir el fúnebre cortejo. Las calles de Plateros, San Francisco, Santa Isabel y Avenida de los Hombres Ilustres, presentaban un imponente golpe de vista. Todas las casas de las calles del tránsito ostentaban cortinas con lazos de crespon y coronas de siempre vivas. Las banquetas, los balcones y los azoteas en todo ese largo trayecto estaban ocupados por millares de espectadores. A las nueve y media de la mañana comenzó á organizarse el acompañamiento en el palacio nacional y á las diez y cuarto la cabeza de la procesion fúnebre llegaba á la esquina de la calle de Santa Isabel. Conforme á lo dispuesto por el bando del gobierno del Distrito abria la marcha una escuadra de batidores; seguian inmediatamente los niños de las escuelas municipales, los de las lancasterianas y los alumnos de las escuelas nacionales: precedidos de una gran bandera blanca en que se leian las siguientes palabras: *Gran círculo de obreros*, marchaban cerca de trescientos ciudadanos, representantes de los artesanos de la capital. Seguian despues los alumnos y profesores de la escuela de Jurisprudencia, los jueces, los empleados y jefes de oficina, mezclados con los innumerables invitados, entre los que notamos muchos extranjeros, los gefes del ejército, los generales residentes en la capital y personal del gobierno del Distrito y los miembros del ayuntamiento. Inmediatamente despues de la corporacion municipal, venia el carro fúnebre tirado por seis hermosos caballos, conducidos por cuatro lacayos á pié y descubiertos. Llevaban los cuatro cordones del féretro, el tesorero general de la nacion, Sr. Izaguirre, el director de la escuela de jurisprudencia, Sr. Velazquez, el general de division D. Alejandro García, y el Sr. Chavero, miembro del ayuntamiento de México. A los lados del carro marchaba la guardia de honor del finado ciudadano presidente, llevando la bandera recogida con lazos de crespon. Detras, seguia el gobernador de palacio, general Zérega, rodeado de los ayudantes del presidente. Despues del carro fúnebre marchaba el coche enlutado de la presidencia y que era el usado por el Sr. Juarez en las grandes funciones oficiales. Venian luego los miembros de la diputacion permanente y todos los demas diputados al congreso de la Union, residentes en México, una comision de la suprema corte de justicia, otra del tribunal superior, y otra, muy numerosa, en representacion del colegio de abogados. Seguian despues, los secretarios del despacho y oficiales mayores de los ministerios acompañados de los miembros del cuerpo diplomático. El ministro de fomento iba el lado del representante del imperio aleman, conde Euzemberg, que llevaba el uniforme de coronel de caballería bávara; el secretario de la guerra marchaba acompañado del plenipotenciario de España, Sr. Herreros de Tejada, que vestia *riguroso uniforme, así como los demas miem*miembros de su legacion; el Sr. Nelson, ministro de los Estados-Unidos de América y decano del cuerpo diplomático llevaba á los lados á los secretarios de relaciones y hacienda. El Sr. Lerdo de Tejada, presidente interino de la república, venia al fin de este inmenso cortejo, acompañado de los Sres. Maza y Dublán, dolientes, que representaban á la familia del finado ciudadano presidente. Despues del encargado del poder ejecutivo marchaba la columna de tropas en el órden siguiente: Colegio militar, una batería de campaña de la primera brigada de artilleros, el primer batallon permanente, el 1º del Distrito y dos cuerpos de caballería. Cerraba la marcha una prolongada hilera de sesenta carruajes que ocupaban la longitud de cuatro calles.

Este extenso cortejo ocupaba casi todo el trayecto comprendido entre el panteon de San Fernando y la plaza de la Constitucion. Llegaban los batidores al primer punto cuando la fila de carruajes se movia lentamente por las calles de Plateros y San Francisco, habiendo tardado cerca de dos horas en desfilar la procesion fúnebre. En el ángulo que forman la iglesia y la fachada del panteon de San Fernando se elevaba un elegante catafalco, adonde descansó el féretro antes de ser conducido al sepulcro de la familia Juarez. Al lado del catafalco se colocó la tribuna, que fué ocupada primeramente por el Sr. Lic. D. José M. Iglesias, orador oficial nombrado por el gobierno. Acto continuo subió á ella el Sr. diputado Silva, en nombre de la diputacion permanente.

Despues y por el órden que en seguida señalamos, hicieron uso de la palabra los Sres. D. Alfredo Chavero, en representacion del ayuntamiento; D. Francisco T. Gordillo, á nombre de los masones mexicanos; D. José María Vigil, por la Prensa Asociada; D. José María Baranda, por la Sociedad Filarmónica; D. Roque Jacinto Moron, por la Sociedad médica «Pedro Escobedo»; D. Victoriano Mereles, por el Gran Círculo de Obreros, D. José Rosas Moreno, que dijo una magnífica composicion poetica; D. Gumesindo Mendoza, en representacion de la Sociedad de Geografía y Estadística, y los niños Antonio Alvarez y Salvador Martinez Zurita, alumnos del Tecpan de Santiago.

Concluidos los discursos se verificó la inhumacion en el sepulcro de familia del Sr. Juarez, presidiendo el acto el señor presidente interino. Al depositarse el cadáver, se inclinó sobre él la bandera nacional y se dispararon veintiun cañonazos como solemne y postrera despedida.

El acto concluyó á las dos menos cuarto de la tarde.

JULIO ZÁRATE.

DISCURSO

Que en los funerales del C. Benito Juarez, pronunció á nombre de la Prensa Asociada, el C. José M. Vigil.

SEÑORES:

Los homenajes que los pueblos tributan á sus grandes hombres no son ni pueden ser el fruto de la adulacion ó de algun otro sentimiento bastardo. El respeto, la admiracion, la gratitud, el duelo que la multitud resiente en las ocasiones solemnes, reconocen un principio superior á las inspiraciones del interes ó del egoismo. Los pueblos al honrar á sus caudillos, al ceñir de laureles las frentes de sus guerreros, al erijir estatuas á la memoria de sus sabios y de sus artistas, al procurar eternizar por todos los medios imaginables el recuerdo de los bienhechores de la humanidad, no hacen mas que obedecer á los impulsos del bello ideal que vive en su inteligencia, rodeado de los prestigios de la imaginacion, sintiéndose orgullosos de sí mismo al hallarle reproducido en esas extraordinarias personalidades, destinadas á vivir en la historia, á perpetuarse en la conciencia de las generaciones futuras.

¿Qué vienen á ser, en efecto, esos personajes de destino misterioso, que aparecen con una mision visiblemente providencial en las épocas de crísis sociales, en que los pueblos se trasforman bajo la accion de una ley incontrastable? ¿De dónde vienen esos caracteres heróicos, templados con una fuerza sobrehumana para alzarse como puntos de mira que reconcentran todas las aspiraciones, todas las esperanzas de una generacion que se levanta, *pero tambien todas las cóleras de la generacion* que sucumbe, y que abrazada con el fantasma de la tradicion que se desvanece, no abandona su puesto sino despues de haber agotado los esfuerzos de una lucha *desesperada? ¿De dónde procede la fé* que vivifica á esos séres privilegiados? ¿Cuál es la mano misteriosa que los preserva de los peligros? ¿Por qué intuicion extraordinaria llegan á penetrar en las sombras del porvenir, dirijiéndose sin vacilacion ni desconfianza en medio de obstáculos que arredrarian al comun de los hombres, y que para esas naturalezas superiores son solo poderosos estímulos que las enardecen y las hacen triunfar?.....

Si buscamos en el plan general de la creacion, no puede menos de suponerse una ley que presida á sus manifestaciones tanto físicas como morales, que no por sustraerse al rigor de un análisis positivo deja de existir, y que tiene que establecer relaciones necesarias entre el individuo y el conjunto, análogas á las que median entre el individuo y las partes que lo componen. Fácil es deducir desde luego que esas figuras grandiosas que caracterizan las evoluciones sociales, son como el nombre del fenómeno que determinan, como la encarnacion de la idea que representan, como su limitacion concreta en las regiones infinitas del tiempo y del espacio. Y entonces los pueblos que se prosternan ante esos símbolos animados de su redencion progresiva, no es porque se rebajen al culto grosero de un vano simulacro, sino que absortos en la contemplacion de su propio destino, ven la imágen refleja de la idea que los agita, y le rinden sin reserva los homenajes de sus afecciones mas puras.

En estos momentos, México obedece á esas secretas inspiraciones que rápidamente he querido bosquejar. Las coronas que depone sobre ese túmulo, el incienso que quema en su derredor, y las lágrimas que tal vez enjuga con mano silenciosa, no son las simples manifestaciones de una pompa oficial. Detras de la ceremonia está el pensamiento que vive, el pensamiento que busca y no encuentra ya al hombre, pero que volviendo sobre su obra dirige una mirada al pasado, contempla sin zozobra el porvenir, sintiendo que esa obra está asegurada, que tiene la garantía de la duracion, porque ella reposa sobre un hecho verdadero, sobre una evolucion consumada por el varon ilustre á cuyos restos inanimados venimos hoy á dar la última despedida.

Así es como el duelo de las naciones difiere esencialmente de los pesares privados que no traspasan el círculo de la familia. No es el hijo que al cerrar los ojos de su padre, tiene la sombría conviccion de que ningun sér volverá á llenar sobre la tierra el inmenso vacío que la muerte ha dejado en su alma. Los pueblos poseen en el sentido literal de la palabra, las glorias de sus prohombres; se enorgullecen con ellas como con una propiedad inalienable, y al recoger la herencia preciosa de sus virtudes y de su ejemplo, saben que es solo para enriquecer el caudal de títulos que tienen al respeto y á la estimacion de los demas pueblos.

Hubo un tiempo en que el problema político y social de México, que fué planteado por el heroico caudillo de 1810, llegara á presentar un aspecto casi desesperante para los que soñaban con el ideal de una república democrática, pero cuya fé, debilitada por largos desengaños, por incesantes reacciones que dejaban en pos de sí gérmenes fecundos de inmoralidad, flaqueaba y casi sucumbia. El mal era conocido, procedia de la existencia de privilegios incompatibles con las libertades públicas de que aquellos estaban acostumbrados á abusar. No habian faltado plumas elocuentes que con valor señalaran el remedio; tampoco la causa republicana habia carecido de representantes valerosos que intentaran llevar á cabo una reforma radical; los ecos de la prensa, sin embargo, iban á perderse en el torrente de sofismas que derramaban las preocupaciones heridas, y los esfuerzos de los caudillos de la libertad se nulificaban por la mano inmoral de los pronunciamientos. Faltaba una oportunidad que neutralizara la accion disolvente de las revoluciones palaciegas, y una voluntad enérgica que supiera aprovecharla; ambas cosas se presentaron con la reaccion clerical de 1858, y con la exaltacion al *poder del C. Benito Juarez.*

Abandonando el camino que habian seguido sus predecesores en la revolucion democrática, en lugar de ofrecer hipócritas transacciones para adormecer al enemigo, dejando para el dia del triunfo la revelacion de todo su pensamiento, Juarez empuñó con mano fuerte la bandera de la reforma, en los momentos mas aciagos de la guerra civil, y cuando ya parecia haber asegurado su dominio en el corazon de la república, la reaccion vencedora de las huestes liberales. Aquel rasgo de audacia, propio solo de un verdadero genio, vino á ser la salvacion de la causa nacional. México leyó con toda claridad en el porvenir; el pueblo sintió la regeneradora influencia de la fé que animaba á su primer magistrado; vió abierta delante de sí la senda que conducia rectamente al objeto final de sus aspiraciones, y haciendo un empuje poderoso arrolló los obstáculos que se le oponian, y pudo saludar en la efusion del entusiasmo, al caudillo de la reforma, al representante de la ley, que hacia su entrada triunfal en la capital de la república á principios de 1861.

El nudo gordiano habia sido cortado: el golpe dirigido por Juarez al partido del retroceso, enemigo tradicional de las libertades patrias, fué de tal modo certero, que puede decirse que desde el dia en que se proclamaron las leyes de reforma quedó herido de muerte, siendo para lo sucesivo imposible toda reaccion. El gran mérito que Juarez contrajo ante la causa de la democracia, consistió en haber escogido el momento propicio para llevar á cabo una revolucion tan importante. Si asustado de la magnitud de la empresa, hubiera emplazado para mas tarde la realizacion de aquel fecundo pensamiento; si poco seguro del principio que defendia, abrigando una fé mediocre en la decision del pueblo para secundarle, hubiera aguardado á que la revolucion triunfase para dar el paso decisivo, puede decirse que una nueva reaccion habria sido inevitable, que los intereses vivos aun de un enemigo refractario á todo progreso, se habrian agitado con mas energía, y habrian vuelto á convertir á la república en un vasto teatro de depredaciones é infortunios. Cierto es que no era posible que la paz se cimentara de luego á luego: quedaba un hondo fermento de desórden, que habria hecho sufrir todavía graves perturbaciones al país; pero el hecho es que se habia dado un paso avanzadísimo en la consolidacion de las instituciones; que desde entonces podia radicarse el gobierno sobre bases duraderas, y que la república, tal como habia sido soñada por los padres de la patria, era dueña del porvenir, no teniendo ya un antagonista que le disputara el campo seriamente.

La serie de acontecimientos que vinieron despues confirman la exactitud de estas apreciaciones. La guerra doméstica de los Estados-Unidos del Norte reanimó las esperanzas del partido vencido: creyó que era llegado el momento de efectuar el ensueño dorado de una monarquía en México. Aquel proyecto insensato encontró eficaz apoyo en uno de sus gobernantes europeos, que para menguna de la humanidad habia logrado colocarse á la cabeza de un gran pueblo, haciendo servir pródigamente su sangre y sus recursos para sofocar la libertad en todas partes. La empresa era ardua, pero tentadora: extirpar la república en América era tanto como afianzar los tronos en el viejo mundo; suprimir el ejemplo peligroso de pueblos libres, que serian una protesta, una amenaza constante contra la usurpacion tiránica de los derechos del hombre. Creyóse que no podia presentarse una ocasion mejor para realizar tan vasto proyecto. La gran confederacion americana estaba á punto de disolverse; este hecho que se consideraba como indefectible, daria por resultado dos fracciones débiles comparativamente, divididas por intereses encontrados, en cuya oposicion podria encontrarse una circunstancia favorable para el buen éxito del pensamiento napoleónico.

Por otra parte, la situacion real de México era enteramente desconocida. Juzgábase que el pueblo era hostil á la reforma, hostil á la república, indiferente á su misma independencia; y que por el contrario, profundamente imbuido en las preocupaciones de la educacion colonial, víctima del fanatismo mas absurdo, y cansado de las largas contiendas civiles que habia sufrido durante medio siglo, se apresuraria á aceptar gustoso el apoyo extranjero que se le presentaba, y se asentaria sobre sólidos cimientos el trono que se improvisaba al noble descendiente de Cárlos V. La reforma empero estaba consumada; la reforma no podia morir; y el emperador impuesto por la intervencion extranjera tuvo que reconocer su existencia, que aceptar y sancionar sus resultados, suceso que á la vez que cedia en honra de Juarez, puesto que reconocia su obra el mismo que habia sido traido para destruirla, hundia en la mas ignominiosa confusion, á los que meciéndose en las quimeras de una imaginacion atrabiliaria, habian creido posible hacer retroceder el tiempo y crear una monarquía calcada sobre el modelo de Felipe II.

Juarez, no obstante, comprendió con su claro genio y con su ardiente patriotismo, que la reforma en cierto sentido podia amalgamarse con los intereses de una monarquía; que la reforma por sí sola no constituia un sistema político; que podia subsistir mientras eran desapiadadamente sacrificadas las instituciones republicanas, y que sobre todo, la manera altamente irregular y vejatoria con que se habia iniciado la intervencion extrangera, erigiendo bajo su proteccion directa el nuevo trono, era un brusco ataque á la soberanía nacional, á su dignidad, á su independencia, bienes preciosos que era menester salvar á todo trance y á costa de los mayores sacrificios. La situacion que se ofrecia en lontananza era bastante para desalentar al corazon mas animoso; Juarez, sin embargo, no vaciló ni un solo instante, y poseido de la justicia del principio que representaba, colocado á la altura de la importantísima mision que el destino le habia confiado, no tomó desafiar al poder formidable del imperio frances, apoyado activamente por un partido doméstico, y se lanzó á la lucha sin mas elementos y sin mas esperanzas que la fé inmensa que lo sostenia, y la seguridad de que el pueblo no llegaria á abandonarle, sucumbiendo con él si era preciso, antes que rendirse á un destino que parecia incontrastable.

¿Para qué repetir en estos momentos lo que México, lo que la América, lo que todo el mundo saben? Imposible me seria reducir á un pequeño cuadro la gloriosa epopeya que ocupó cerca de seis años de nuestra historia; seis años de luchas de dia á dia, de instante á instante, en que se vió á un pueblo solo, desarmado, sin recursos, combatiendo

Hay en esto en peligro, y un peligro grave, señores; tiempo es de conjurarlo, y tiempo de aplicarle el remedio. Somos un poco viejos para curarnos; pero pensemos en nuestros hijos y esforcémonos por darles una educacion mas fuerte, mas moral, mas política que la nuestra. Somos demasiado latinos con nuestros maestros, demasiado epicuréos con Horacio, demasiado lánguidos con Virgilio, demasiado cortesanos con Augusto.

Si queremos que sean mejores que nosotros, nuestros hijos han menester una educacion mas viril y mas generosa. Releguemos el latin al segundo término; siempre tendrá su lugar, puesto que es necesario para la inteligencia de nuestras leyes, de nuestras ciencias, de nuestro mismo lenguaje y de los modelos que ha inspirado á nuestra literatura, pero no tendrá sino el segundo lugar. La mayor parte, la mas larga, pertenecerá á la literatura griega. En ella se encuentran los manantiales puros, abundantes, irreprochables; en ella se preparan los filósofos, los pensadores, los ciudadanos, los hombres de Estado. De ella podeis poner en manos de los niños las obras mas sencillas y mas admirables. Hay, sin duda, autores que debemos separar. No aconsejaré que se les haga leer á Anacreonte y Aristófanes, ó por lo ménos seria necesario escoger lo que de ellos leyeran. Pero aun sacrificando á estos dos poetas, ¡qué inmenso horizonte se nos presenta! Homero, lleno de lecciones y de heroismo, Hesiodo con su bella moral, Solon con sus exhortaciones patrióticas: luego Esquiles, Sófocles, Eurípides, en que la alma aprende á pensar con grandeza y á expresarse en magnífico lenguaje. Si queremos prosistas, tenemos á Herodoto, el maravilloso narrador, cuyas narraciones tanto encantan la imaginacion del niño como la razon del anciano, á Tucídedes, á la vez

tivos, principios mas enérgicos, lecciones mas varoniles para formar hombres, para elevar su carácter, para constituir su dignidad moral. No me extenderé respecto de la incuria desdeñosa, ni de las máximas anacreónticas del demasiado popular Horacio, no diré siquiera todo lo que merece el triste Ovidio, con sus pueriles metamórfosis, sus lamentaciones serviles y su insípida languidez, que escandalizaron al mismo Augusto; no haré mas que nombrar á los Gentil-Bernard y á los Parny del siglo, Catulo, Tíbulo, Propercio, que son poco leidos, pero que pintan su época á la perfeccion.

Todos los poetas de Augusto, tan encantadores por la forma, por la muy rara perfeccion en el estilo, por el arte incomparable, dan á su pensamiento mas gracia que fuerza; mas bien son eruditos que inspirados; yo los compararía á los plateros florentinos del Renacimiento, que aplicaban sus mejores cinceladuras á objetos pequeños. Aun cuando canten esos poetas en un tono mas sublime, se desmienten en la página siguiente, y no hacen olvidar nunca que no son mas que imitadores. Y no es un relámpago lo que necesitan las almas que se desarrollan y quieren llegar á ser vigorosas, es la luz directa, la luz del medio dia, el cielo libre y la irradiacion del sol.

Desgraciadamente los poetas de *Augusto* son, por fuerza, los únicos que los jóvenes pueden tener en sus manos, porque su estilo es mas puro, mas trabajado y mas inteligible. Tómense, en efecto, los restos de los poetas de la república, y sin esfuerzo, no es posible hacerlos comprender á los jóvenes. Dificiles son los fragmentos del anciano Ennio, de Pacuvio, que tienen la desventaja de no ser mas que fragmentos. Tienen todavía algo de la rudeza del terruño, y recuerdan á los antiguos latinos y sabinos; tienen una acritud